



Libros

Novela y violencia en América Latina desde una perspectiva japonesa

Entre los diversos escenarios que plantea el estudio de las obras literarias se encuentra el de la perspectiva. El punto de vista, el ángulo de aproximación, la inmersión o el distanciamiento, son formas posibles de urdir un discurso metatextual que de cuenta de un fenómeno y se adentre en sus representaciones. Las obras literarias son concreciones de un mundo de imágenes, de posturas e imposturas, de sueños, de preguntas; en fin, un universo hecho de palabras que tiene sentidos múltiples; por ello, inmensamente ricos e inagotables.

Pero cuando ese universo está connotado por fenómenos que, como el de la violencia, son vistos a la luz de la historia, éstos se convierten en un punto crítico desde el cual la mirada se torna interrogante. La búsqueda de respuestas se convierte en una forma de acercarse a un país, a una cultura y a unas maneras de decir.

La novelística de la violencia en América Latina (Mérida, Venezuela, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes-Japan Society for the Promotion of Sciences, 2005, 330 p.), es un estudio del académico japonés Ryukichi Terao (Nagoya, 1971) que centra su mirada entre dos perspectivas genéricas y formales: la ficción y el testimonio. Sobre esas columnas se cimienta un observatorio desde el cual se radiografían tres realidades del continente latinoamericano: México, Colombia y Venezuela. La novela es el pre/texto desde el cual se teje un intrincado juego de relaciones que permiten conceptualizar el fenómeno de la violencia. En sus rostros diversos se articula una perspectiva desde la cual la

literatura sirve como un espacio privilegiado para plantear nuevos interrogantes: ¿Cómo se enfrenta el novelista a la realidad que vive por medio de su creación? Es una pregunta fundamental para reflexionar sobre la esencia del género literario “novela”, que ha estado tan en boga en estos últimos dos siglos, nos espeta Terao en el primer escaño de su lectura. Las respuestas van hilando conjeturas para plantearnos un recorrido donde autores y obras son revisitados, codificados, puestos en diálogo con la historia, con el presente y el pasado para revelar una de las metáforas más terribles que definen lo latinoamericano: la violencia.

El libro establece un puente para mirar hacia el pasado. Busca las raíces de la novelística latinoamericana desde la tardía aparición del género, estrechamente comprometido con la realidad social desde su comienzo. Así *El Periquillo Sarniento* (1816), de José Joaquín Fernández de Lizardi, se suele citar entre los intentos incipientes de novelar desde una realidad nueva, contradictoria y compleja.

El estudio se pasea rápidamente por algunos momentos significativos, reconocidos por la historiografía en la conformación del género. Éstos aparecen vinculados a fenómenos como el “regionalismo”, el “criollismo” o el “modernismo”, que establecieron el necesario pacto entre escritura y lectura para propiciar su propia dialéctica en la producción de sentidos. Tales sentidos eran juzgados *a priori* como reflejos de lo real, y más específicamente asumidos como un reacomodo, muchas veces simplista, de la llamada realidad social.

El desarrollo del género atraviesa diversas formas de representación de la violencia. En la mayor parte del siglo XIX los países de América Latina confeccionaron una seguidilla de hechos como causa y consecuencia de las guerras civiles, los golpes de Estado y las revoluciones. Desde inicios del siglo XX, los relatos ficcionales se basaron en acontecimientos históricos y empezaron a mostrar de manera recurrente algunos episodios de la historia reciente para darle sentido “verídico” a los hechos novelescos. Allí se funda una “tradición” que arranca con la llamada novela de la Revolución Mexicana,

en la cual se articula un cúmulo importante de obras cuyo signo arrancó hacia 1915 con *Los de abajo*, de Mariano Azuela, y que de alguna manera dura hasta nuestros días en la obra de Carlos Fuentes, Jorge Volpi y Juan Villoro.

Pero no muy lejos en el espacio y en el tiempo, en la Colombia de 1948, se prendió una llama cuya chispa inicial se llamó el “Bogotazo”, y que dio origen a una saga narrativa de gran corporeidad, denominada “novela de la violencia colombiana”. Y más cerca aún, los hechos suscitados por la represión, el encarcelamiento y la muerte que tuvieron su expresión en Venezuela al culminar la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en 1958. De estos tres hitos, la investigación de Ryukichi Terao registra y pone en relación más de tres decenas de obras literarias.

El objetivo de este trabajo es historiar, confrontar, relacionar y, finalmente, establecer comparaciones entre las obras de los tres países. Para el autor, hacer énfasis en los tres conjuntos novelísticos “consiste en analizar el proceso de transformación que siguió el género novela en la literatura latinoamericana para destacar algunas características de su ‘evolución’ (utilicemos este término en el sentido más amplio y sin asociarlo necesariamente con la idea de ‘progreso’) en el siglo XX”. Esa conciencia lo lleva a establecer el proceso de cambios estructurales del género en concordancia con obras críticas e históricas pioneras en el estudio sistemático del género y sus repercusiones, tales como las de Enrique Anderson Imbert (*Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 T., 1961), John S. Brushwood (*The Spanish-American Novel: A Twentieth-Century Survey*, 1975) o Jean Franco (*Historia de la literatura hispanoamericana: a partir de la independencia*, 1987), pero con un sentido crítico, pues no sólo cuestiona que estas obras muchas veces no superan el hecho de acumular datos sobre ciertos autores “representativos”, sino que evitan fijarse en los rasgos estructurales de las novelas.

Terao advierte “la falta del análisis concreto y profundo del texto, pues estos estudios no llegan a aclarar bien las transformaciones estructurales que

tuvo el género, y su discusión se fundamenta frecuentemente sólo en ideas demasiado generales o impresiones meramente personales". En su opinión, los historiadores "clásicos" de la novela latinoamericana padecen un defecto problemático: sus estudios presentan la historia de la novela en América Latina sin prestar atención a las particularidades regionales, como si todos los países latinoamericanos siguieran exactamente el mismo proceso, y se ocultan rasgos cuya importancia radica en el modo como se establecen sus diferencias.

Insiste en que el problema radica en la acumulación de datos en lugar de fundamentarse en el análisis textual para revisar el proceso de cambios estructurales. Y esto, por supuesto, va más allá del estudio particular de cada país y también se basa en la necesidad de superar el criterio "positivista decimonónico" que hasta hace poco tiempo había regido los intentos de escribir la historia de la novela en nuestro continente.

Aunque reconoce el valor de los trabajos de conjunto precedentes, Terao se deslinda del camino de sus predecesores; explícitamente advierte: "no debemos seguir el camino trazado por los historiadores tradicionales de la novela que, por más información interesante que nos puedan ofrecer, no llegan a formular reflexiones de carácter teórico. El problema esencial de los estudios tradicionales de la historia literaria consiste, a nuestro modo de ver, en que los investigadores suelen confiarse ingenuamente en el valor de ser exhaustivos, cuando en realidad la simple información acumulada sin principio no nos conduce a ningún planteamiento teórico que nos sirva como orientación para desarrollar más investigaciones".

La intención de este trabajo es comparatística. Busca una aproximación al problema de la evolución del género. Y plantea un problema que está bastante expuesto en los estudios teóricos sobre la literatura: ¿cómo los novelistas integran un acontecimiento histórico a sus creaciones o cómo lo convierten en una obra de ficción? Para ello, acude a sus guías tutelares, no sin cuestionamientos críticos: Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en Amé-*

rica Latina (1970), Rafael Conte, *Lenguaje y violencia: introducción a la nueva novela hispanoamericana* (1971), Guansu Sohn, *La novela colombiana de protesta social* (1978), y Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina* (1983) o *Literatura y clase social*, del mismo año.

Cuando intenta precisar la "evolución" de un género como la novela, Terao abona un terreno bien delimitado en torno a la violencia política, no sólo en la búsqueda de un análisis comparativo entre obras narrativas de varios países, sino

un estudio diacrónico que tiene en cuenta el proceso evolutivo, puesto que se trata de un fenómeno literario que tiene suficiente duración temporal en todos los casos. La Revolución Mexicana, que entró al escenario de la novela de aquel país con [las] obras de Mariano Azuela, siguió siendo un tema pertinente hasta la década de 1960 a través de varias generaciones de novelistas. La novela de la violencia en Colombia empezó a destacar su presencia alrededor del año 1950 para ocupar un lugar central en la literatura colombiana durante más de dos décadas. La novela de la violencia venezolana también duró más o menos 20 años, aunque no constituyó precisamente la corriente predominante de la época, como sucedió con la novela de la violencia colombiana.

Visto el fenómeno de la violencia en el tiempo y los modos como ésta se ha representado "ficcionalmente", se puede entonces advertir como una forma de resignificación del proceso en tanto estabilización y distanciamiento. Explica Terao: "un acontecimiento extraordinario engeguece en la etapa inicial a los novelistas que se enfrentan a él sin poder tomar suficiente distancia, de manera que caen en un realismo ingenuo y periodístico al tratar de reproducir 'fielmente' lo sucedido, pero con el tiempo aprenden a tomar distancia para emprender un análisis más objetivo y reflexivo sobre el proceso histórico que lo engendra".

Y no sólo desde una perspectiva historiográfica Ryukichi Terao se aproxima al impacto de las novelas en el circuito discursivo de la historia literaria,

sino que auxiliado por elementos teóricos como las nociones de “campo” (*champ*) y de “autonomía”, a partir de algunas de las propuestas del sociólogo francés Pierre Bourdieu, describe el proceso de transformación novelística en relación con los cambios de la situación social en la cual todos los novelistas están inmersos aunque pretendan evadirse de ella.

Desde ese punto de vista, la novelística latinoamericana se concentra en su autonomía, sobre todo a partir de la década de 1920 y hasta comienzos de 1970, que son las coordenadas cronológicas de este estudio. El autor toma como muestra sólo tres obras de cada uno de los tres conjuntos novelísticos del continente. Sin dejar de expresar que dicho criterio es arbitrario, está convencido de que el mismo podría asumirse como un criterio de representatividad en el sentido de que la selección es estratégica porque todas son obras que marcan de una u otra manera una etapa específica de la evolución y que, por lo tanto, convienen para el propósito de aclarar el proceso dinámico de la novela.

Con estos criterios, el autor se adentra en el *corpus* narrativo. Dedicar su énfasis crítico a obras consideradas clásicas por la crítica en cada uno de los países. De México selecciona *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela; *El luto humano* (1943), de José Revueltas, y *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes. No sin lamentar que quedan fuera obras tan importantes como *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán; *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez y, sobre todo, *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo. De la narrativa colombiana elige *Viento seco* (1953), de Daniel Caicedo; *El coronel no tiene quien le escriba* (1957), de Gabriel García Márquez, y *Cóndores no entieran todos los días* (1972), de Gustavo Álvarez Gardeazábal. A conciencia de haber dejado fuera otras obras muy conocidas, relacionadas con la temática de la violencia, tales como *El Cristo de espaldas* (1952) y *Manuel Pacho* (1960), de Eduardo Caballero Calderón; *El día del odio* (1952), de José Antonio Osorio Lizarazo, y *El día señalado* (1966), de Manuel Mejía Vallejo.

Finalmente, de la narrativa venezolana incorpora *La muerte de Honorio* (1963), de Miguel Otero

Silva; *Se llamaba SN* (1964), de José Vicente Abreu, y *País portátil* (1968), de Adriano González León. Y considera de manera excepcional a *Cuando quiero llorar no lloro* (1970), de Otero Silva, con la cual establece relaciones de diversa índole.

El interrogante inicial de este libro subyace a lo largo de todo el discurso crítico. La perspectiva histórica y la comparación son los dos elementos que articulan las reflexiones y arriesgan las hipótesis sobre las transformaciones estructurales de la novela como género a partir de ejemplos concretos.

La novelística de la violencia en América Latina es un estudio enjundioso, documentado, preocupado por establecer vasos comunicantes con la historia y el proceso literario, y corresponde a una dilatada investigación que el académico japonés emprendió en cada uno de los países objeto de su estudio. Para volver a las premisas del comienzo, la perspectiva de Terao no deja de ser interesante por cuanto deviene aproximación desde la academia japonesa, la cual, hasta donde sé, no tiene antecedentes en el tema, en el estudio sistemático y en el esfuerzo documental. El trabajo nos permite conocer una reveladora perspectiva desde la cual un académico japonés mira a Latinoamérica, a su historia y a su cultura, representada en el frondoso caudal de su narrativa. LC

